

EL ENCANTO DE UN FINAL

THE CHARMING OF AN ENDING

Marcelo Topuzian
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Tres de Febrero
Conicet
mtopuzian@gmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Evaluación
Teoría literaria
Crítica
Lectura
Estudios culturales

El trabajo, en primer lugar, analiza un recurso de evaluación característico e institucionalizado en la cátedra de Teoría y Análisis Literario ‘C’ de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires: el examen o coloquio final. Se tienen especialmente en cuenta –además de su carácter oral– su masividad, la implicación en él de los docentes auxiliares y, sobre todo, el propósito de síntesis personal que lo guía. A continuación, se exploran las actitudes respecto de la teoría literaria como disciplina y como corpus que pueden desprenderse de esta concepción de la evaluación: una presentación que es histórica y que incluso no esquivar pensar su eventual –o actual– clausura (el tópico del ‘fin de la teoría’), pero que también busca enfatizar su conexión con el presente más inmediato y también, por qué no, con el futuro. En este último sentido se discute el rol de la cátedra en la difusión en Argentina de los estudios culturales, especialmente en relación con las perspectivas sobre los mismos provenientes de las ciencias sociales. Se llama finalmente la atención sobre los presupuestos políticos que orientan estas actitudes y se extraen conclusiones a propósito del rol de la teoría literaria en la formación superior en los estudios literarios, en tiempos de completa rehabilitación de los enfoques históricos sobre la literatura.



∞ **ABSTRACT**

∞ **KEYWORDS**

Assessment
Literary theory
Criticism
Reading
Cultural studies

The paper, first of all, analyzes a characteristic and institutionalized evaluation resource in the Literary Theory and Analysis ‘C’ course of the Literature Department of the University of Buenos Aires: the final exam or colloquium. In addition to its oral character, its massiveness, the involvement of teaching assistants in it and, above all, the purpose of personal synthesis that guides it are especially taken into account. Next, we explore the attitudes towards literary theory as a discipline and as a corpus that can be derived from this conception of evaluation: a presentation that is historical and that does not even avoid thinking about its eventual -or actual- closure (the topic of the ‘end of theory’), but that also seeks to emphasize its connection with the most immediate present and also, why not, with the future. In this last sense, the role of the course in the diffusion of cultural studies in Argentina is discussed, especially in relation to the perspectives on them coming from the social sciences. Finally, attention is drawn to the political assumptions that guide these attitudes and conclusions are drawn about the role of literary theory in higher education in literary studies, in times of complete rehabilitation of historical approaches to literature.

Recibido: 06/10/2023

Aceptado: 16/11/2023

A partir del año 1997, la cátedra C de Teoría y Análisis Literario, a cargo del profesor Jorge Panesi, dejó de ofrecer, como opción de aprobación, la promoción directa. De acuerdo con los reglamentos de la Facultad de Filosofía y Letras, esto implica que todo estudiante regular de la materia debe aprobarla mediante un examen final oral (hoy sin duda agregaríamos ‘presencial’). Este examen posee características especiales en cada materia; en el caso de Teoría C, se trata de un coloquio que el o la estudiante entabla con un docente de la cátedra, incluyendo en esta categoría desde el profesor a cargo hasta el ayudante docente que recién ha ingresado. Al tratarse de una de las dos materias iniciales, junto a Gramática, del plan de estudios de la carrera de Letras vigente desde 1984 hasta este año, la inscripción es masiva y la regularidad es mantenida por una gran proporción de estudiantes cuando concluye la cursada. Esto da una idea del volumen de exámenes orales finales que se rinden cada año: un promedio de trescientos, con picos históricos de quinientos o más, distribuidos en alrededor de diez fechas.

Dicho todo esto, el llamado examen final es, sin embargo, una conversación bastante amable, en la que no siempre es el o la estudiante quien más habla, a propósito de algunos de los textos o autores del programa, en torno a un eje o problema. Diría, por tanto, que no se trata solo o principalmente de comprobar el saber adquirido por él o ella acerca de la disciplina de la teoría literaria durante la cursada, sino más bien de construir una situación comunicativa en la que sea naturalmente verosímil hablar de literatura mediante conceptos facilitados por el corpus bibliográfico seleccionado ese año para el dictado de la materia. Por supuesto, al concluir hay una calificación, pero lo que se evalúa no es tanto la posesión demostrada de conocimiento, sino sobre todo el modo

en que el estudiante ha sido capaz de manejarse con él al entablar la conversación. Se desprende de esto que el objetivo principal de la materia no es tanto que los estudiantes se conviertan en expertos teóricos o historiadores de la teoría literaria, como que sean capaces de incorporar un grado de reflexión teórica al saber, el interés y el amor por leer literatura que ya los han hecho acercarse a la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, de la que han cursado anteriormente las seis materias correspondientes al Ciclo Básico Común.

Por expresa inspiración de Jorge Panesi, el examen final, como estrategia de evaluación, es masivo y general, pero como acontecimiento y encuentro efectivo, es absolutamente personal, dado que no se evalúa según una grilla de contenidos o saberes mínimos propuesta por la cátedra, y además se concibe como un momento más del aprendizaje, dado que el o la estudiante –e incluso, con perplejidad, a menudo también el o la docente, sobre todo primerizo/a– llegan a descubrir allí mismo y en la práctica qué y cómo son capaces de entablar la conversación teóricamente enterada sobre literatura que es el examen. Es un momento de síntesis del recorrido de la cursada por textos, autores y problemas teóricos, pero esa síntesis tiene un carácter marcadamente personal, porque se da a partir de una propuesta inicial del o de la estudiante y porque sigue el desarrollo propio de los meandros de un diálogo, sin un fin determinado y sin conclusión marcada de antemano; y también porque luego cuenta como experiencia capitalizable en el desarrollo ulterior de su carrera por parte del o de la estudiante.

No sé si se pueda afirmar que esto implica, del lado de los docentes de la cátedra, una voluntad de mantener vivo, contra toda evidencia, un imaginario casi socrático de la enseñanza de la literatura, en que el crítico se parece más a un *causeur* a la manera de un Sainte-Beuve que a un investigador científico a la manera de un Roman Jakobson, aunque sin dudas el segundo modelo se acerque más a lo que se suele pensar a propósito del rol que la teoría literaria tuvo en la formación en literatura durante el siglo XX y quizás debería tener todavía hoy. Pero la desazón o la angustia (controlados) que el examen genera en los y las estudiantes surgen muy probablemente ante la ausencia de recetas predeterminadas para aprobarlo u obtener una buena calificación. Esto no ocurre porque se trate de un intercambio azaroso o imprevisible –inevitadamente los docentes examinadores adquieren y desarrollan unas *manieras* o mañas que reiteran para provocar el despliegue de la elaboración del examinado sobre los contenidos–, sino porque los y las estudiantes están obligados a exponerse ya allí a una serie de decisiones sobre sí mismos: ¿qué voy a ser yo en este examen? y, por consiguiente, dado el carácter inaugural de la evaluación en lo que a la crítica, la investigación y la docencia literaria se refiere, ¿qué voy a ser yo en esta carrera y, eventualmente, en mi vida profesional ulterior? (No estoy tratando de adjudicar a este examen final un rol trascendental capaz de definir destinos vitales de una vez y para siempre, como si se tratase de un rito de admisión, iniciación o pasaje; afirmo, simplemente, que el examen abre o, al menos, insinúa, la posibilidad –y, quizás, la necesidad e incluso la urgencia– del planteo de ese tipo de interrogantes para cualquiera que quiera dedicarse a alguna o a todas aquellas labores).

¿Se desprende de esta concepción pedagógica de la evaluación final una idea de la teoría literaria como disciplina, como ámbito del saber y como punto de vista acerca de la literatura? En principio, parece quedar claro que su función en el plan de la carrera de Letras es concebida más como propedéutica que como sustancial o experta: no se espera que el o la estudiante egrese del curso convertido/a en un especialista. A pesar de sus tres cursos de teoría literaria, del área de la orientación en Letras Modernas que le corresponde y de todos los lugares comunes sobre el teoricismo de la formación en Letras en la Universidad de Buenos Aires, en los hechos ella no ha

estado orientada a la producción de teóricos de la literatura: la mejor demostración de esto es la ausencia casi total de publicaciones y tesis dedicadas exclusivamente a la teoría literaria en Argentina (sí de historia de la teoría literaria en Argentina... que en realidad ha consistido hasta ahora, por un lado, en la historia de su enseñanza, y, por otro, en un énfasis más conceptual y menos fáctico en la historia literaria *tout court*) y la escasísima influencia a escala internacional que en ese ámbito disciplinar o perspectiva acerca del hecho literario poseen hoy los estudios literarios argentinos. Por supuesto que detrás de esto opera de manera determinante una distribución geopolítica de los saberes literarios, que, a la hora de teorizar, comparar y producir síntesis, suele disponer la hegemonía de los grandes centros académicos mundiales de los Estados Unidos y, en menor proporción, de Europa, mientras al resto le corresponde solo el trabajo empírico y la especialización en alguna literatura nacional. Y también es cierto que el sistema de publicaciones académicas es cada vez menos tolerante con investigaciones que no tengan un perfil historicista, archivístico o declaradamente empírico, a las que se suele acusar de ‘ensayísticas’, lo cual probablemente sea el precio que el estudio de la literatura y de las Humanidades en general ha debido pagar por inscribirse en el sistema científico. Sin embargo, sin dudas igualmente sorprende que los últimos libros de teoría ‘pura’ surgidos del supuesto teoricismo argentino sean los publicados hace ya muchos años por Noé Jitrik, Susana Reisz o Nicolás Rosa (excluyo de esta lista los de una figura considerada capital de ese teoricismo, Josefina Ludmer, porque todos ellos, a pesar de sus muy obvias contribuciones teóricas, son análisis de corpus literarios específicos).

En la filosofía del examen final de Teoría y Análisis Literario C se puede encontrar una respuesta a estos interrogantes. En él la teoría cumple la función de estimular en los estudiantes fundamentalmente el sentir de ser capaces de disponer de herramientas, de un vocabulario y de un tono para formular sus propias lecturas críticas de textos literarios, aun cuando entre los temas de los examinados efectivos esos textos tengan una presencia más bien minoritaria frente a los propiamente teóricos (de Tinianov, Mukařovský, Barthes, Bürger, etc.). Debe aclararse que no se trata de una promoción del constructo de la vulgarización didáctica conocido por el mismo nombre, “lectura crítica”, a menudo usufructuado para quitar importancia a la educación específicamente literaria, una idea de que la capacidad de leer críticamente depende de actitudes generales frente a los textos, de carácter presuntamente contestatario por naturaleza, que se manifestaría de manera cabal en las opiniones personales de los y las estudiantes, no fundamentadas en un sentido académico o disciplinar e incluso expresamente ajenas a él. El examen final de Teoría C tiene en su centro una idea de lectura que supone que el estudio de la literatura no se agota ni en la historia de autores, libros, estéticas, generaciones y movimientos, ni en la descripción positiva de los diversos dispositivos retóricos y estructurales de que aquella se sirve, ni por supuesto en la mera expresión de pareceres u opiniones relacionados con el gusto o con otras apetencias de los lectores, sino que es capaz de dar espesor a un espacio interpretativo *sui generis*, con lógicas y afectos propios, en que se jueguen las disputas por los sentidos de las prácticas literarias y, por tanto, sus modos de intervención singulares en la política, la historia, la retórica, etc. El carácter masivo y abierto del examen es una muestra de que no hay elitismo ni esteticismo detrás de esta defensa de la lectura específicamente literaria; al contrario, en él se manifiesta lo que esta concepción de la lectura tiene de democrático, pues intenta poner inmediatamente al alcance de todos, aunque sea de manera tentativa y propedéutica, el manejo exigente y avezado de una práctica o conjunto de prácticas usualmente consideradas restringidas (para estudiantes de nivel más avanzado, para investigadores en formación o incluso para los ya formados; y también para ciertas clases sociales). En esta instancia de

examinación la lectura literaria se postula como una resistencia democratizante frente a la dictadura de la opinión masiva, sin dudas una virtud en épocas, como las actuales, que conminan a todos a opinar sobre todos los consumos posibles, hasta los más insignificantes. La lectura puede no agotarse en el consumo inmediato ni en los meros pareceres, elijamos o no registrarlos, por ejemplo en Goodreads. Al contrario, ella puede ser objeto y medio de un conocimiento de otro modo inaccesible, que exige formación, trabajo y paciencia, y que, dada su especificidad, puede aspirar a una soberanía cualitativamente superior a la del pretendidamente todopoderoso, pero en realidad esclavizado –por la opinión masiva, por las calificaciones o por el algoritmo– consumidor.

Precisamente, cabe pensar también desde esta caracterización, por ejemplo, el rol que la cátedra tuvo en la difusión de los estudios culturales anglosajones en Argentina durante los años 90 del siglo pasado, capitaneada por la profesora Silvia Delfino. La historia dice que se trató de una introducción fallida, resistida especialmente desde el ámbito de las Ciencias Sociales y los profesores de esa facultad –aunque también por colegas de las Letras. Aparecían a sus ojos como una moda extranjera impropia y redundante frente a las importantes tradiciones locales de interpretación cualitativa de los fenómenos sociales y culturales, de las que el nombre de la revista *Contorno* y la presencia todavía activa de David Viñas proporcionaban aún, en los años 90, un ejemplo consuetudinario dentro de los estudios literarios. Delfino comprendió rápidamente y promovió que los estudios culturales, lejos de la sociología de la cultura, se vincularan mucho más directa y productivamente con la crítica y la teoría literarias, desde los trabajos pioneros de Raymond Williams en los años 50 –que hasta entonces habían sido leídos solo en clave de sociología literaria por Beatriz Sarlo y el grupo de la revista *Punto de vista*– a los entonces nacientes estudios *queer*. Lejos de pretender configurarlos como un área disciplinar o un departamento académico, a la manera de lo ocurrido muy rápidamente en los Estados Unidos, los estudios culturales siempre fueron para Delfino un modo de leer, desde la literatura y la teoría. En esto, sin dudas ella rubrica la tradición que, proveniente de algunas primeras formulaciones tentativas en la revista *Líteral*, se desplegó luego en la obra crítica de Josefina Ludmer y de Jorge Panesi. Hoy podría decirse que, sin identificarse con la denominación de ‘estudios culturales’ ni siquiera mentarlos, y sin mencionar la labor pionera de Delfino, la mayor parte de la investigación y la crítica literaria en Argentina construye objetos de estudio según la concepción singular de los estudios culturales que la profesora difundió en aquellos años en múltiples cursos y seminarios, y en su actividad en el Área de Estudios Queer del Centro Cultural Ricardo Rojas de la Universidad de Buenos Aires. Los estudios culturales no se encuentran hoy por ningún lado en Argentina porque están por todas partes, aunque de acuerdo con la sintonía particular que les terminó imprimiendo Silvia Delfino desde la cátedra de Teoría y Análisis Literario C: en una concepción de la lectura que la hace capaz de construir de manera específica sus propios objetos.

¿Qué aportan estas reflexiones sobre una materia de una carrera a partir de su evaluación final a las discusiones actuales acerca del rol de la teoría literaria en la formación en las Letras? Implican, en primer lugar, una conciencia, creciente pero presente todo a lo largo de la historia de la cátedra, respecto del fin de la época de oro de la teoría literaria, que no fueron precisamente los años 80 en que ella fue fundada de acuerdo con el plan de estudios de 1984, sino los 60. Teoría y Análisis Literario C encontró una manera (entre muchas otras posibles, por supuesto) de procesar el final del último gran intento colectivo de dotar de algún tipo de especificidad programática al estudio de la literatura, aquel que comenzó con los formalistas rusos y concluyó con los llamados posestructuralistas. Lo hizo leyéndolos y enseñándolos hasta el hartazgo, por entender que en ellos

se daba algo que para la crítica literaria resultaría luego imposible, y que ese recorrido dejaba lecciones por aprender para los todavía hoy interesados en esa actividad y en esa práctica. La lección principal era que la idea de lectura interpretativa crítica –en el sentido descrito más arriba– que podía deducirse del camino frustrado hacia la especificidad y la cientificidad inaugurado y clausurado por la teoría literaria clásica solo podía realizarse a partir de su masificación, en el sentido tanto de su difusión máxima posible entre la población alfabetizada, como de su emancipación respecto de los objetos considerados exclusivamente literarios de antemano, los prescriptos por la normativa o por la tradición –y no de su compartimentación disciplinar o departamental.

Hay desde aquella coyuntura histórica superada una persistencia anacrónica e intempestiva de la teoría que, aunque con luz de ocaso, alumbra todavía lo que aún denominamos cultura. Un momento lúdico y a la vez sistemático, ambicioso en su desmesura aunque parco en sus realizaciones publicables o departamentalizables en las universidades, seductor y abominable en su propuesta de ‘tómelo o déjelo’ que hace que los estudiantes lo abracen por completo con máxima entrega vital o lo rechacen con igual virulencia para huir hacia la lingüística o la historia literaria, pero que a nadie deja indiferente ni intacto.

Paul de Man, epítome de la cancelación de la disciplina, lo denominó “resistencia” o, mejor, “autorresistencia”, llamando la atención, ya a principios de los 80, sobre su estado crepuscular.

Permítaseme, hoy y aquí, llamarlo encanto.

MARCELO TOPUZIAN es doctor en Letras de la Universidad de Buenos Aires e investigador adjunto del Conicet. Se desempeña como profesor asociado a cargo de la cátedra de Literatura Española III de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y dicta regularmente cursos y seminarios en la Maestría en Estudios Literarios Latinoamericanos (UNTREF), la Maestría en Literaturas Española y Latinoamericana y la Maestría en Estudios Literarios (UBA). Ha publicado los libros propios *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)* y *Creencia y acontecimiento. El sujeto después de la teoría*, y coordinado el volumen colectivo *Tras la nación. Conjeturas y controversias sobre las literaturas nacionales y mundiales*.